

NEURROMANTE



WILLIAM
GIBSON

Un futuro invadido por microprocesadores, en el que la información es la materia prima. Vaqueros como Henry Dorrrett Case se ganan la vida hurtando información, traspasando defensas electrónicas, bloques tangibles y luminosos, como rascacielos geométricos. En este espeluznante y sombrío futuro la mayor parte del este de Norteamérica es una única y gigantesca ciudad, casi toda Europa un vertedero atómico y Japón una jungla de neón, corruptora y brillante, donde una persona es la suma de sus vicios.

A Deb
que lo hizo posible
con amor



Los blues de Chiba City

1

EL CIELO SOBRE EL PUERTO tenía el color de una pantalla de televisor sintonizado en un canal muerto.

—No es que esté desahogándome —Case oyó decir a alguien mientras a golpes de hombro se abría paso entre la multitud frente a la puerta del Chat—. Es como si mi cuerpo hubiese desarrollado toda esta deficiencia de drogas —era una voz del Ensanche y un chiste del Ensanche. El Chatsubo era un bar para expatriados profesionales; podías pasar allí una semana bebiendo y nunca oír dos palabras en japonés.

Ratz estaba sirviendo en el mostrador, sacudiendo monótonamente el brazo protésico mientras llenaba una bandeja de vasos de kirin de barril. Vio a Case y sonrió; sus dientes, una combinación de acero europeo oriental y caries marrones. Case encontró un sitio en la barra, entre el improbable bronceado de una de las putas de Lonny Zone y el flamante uniforme naval de un africano alto cuyos pómulos estaban acanalados por precisos surcos de cicatrices tribales.

—Wage estuvo aquí temprano, con dos matones —dijo Ratz, empujando una cerveza por la barra con la mano buena—. ¿Negocios contigo tal vez, Case?

Case se encogió de hombros. La chica de la derecha soltó una risita y lo tocó suavemente con el codo. La sonri-

sa del barman se ensanchó. La fealdad de Ratz era tema de leyenda. Era de una belleza asequible, la fealdad tenía algo de heráldico. El arcaico brazo chirrió cuando se extendió para alcanzar otra jarra. Era una prótesis militar rusa, un manipulador de fuerza retroalimentada con siete funciones, acoplado a una mugrienta pieza de plástico rosado.

—Eres demasiado el artista, Herr Case. —Ratz gruñó; el sonido le sirvió de risa. Se rascó con la garra rosada el exceso de barriga enfundada en una camisa blanca—. Eres el artista del negocio ligeramente gracioso.

—Claro —dijo Case, y tomó un sorbo de cerveza—. Alguien tiene que ser gracioso aquí. Ten por seguro que ése no eres tú.

La risita de la puta subió una octava.

—Tampoco tú, hermana. Así que desaparece, ¿de acuerdo? Zone es un íntimo amigo mío.

Ella miró a Case a los ojos y produjo un sonido de escupitajo lo más leve posible, moviendo apenas los labios. Pero se marchó.

—¡Jesús! —dijo Case—. ¿Qué clase de antro tienes? Uno no puede tomarse un trago en paz.

—Mmm —dijo Ratz frotando la madera rayada con un trapo—. Zone ofrece un porcentaje. A ti te dejo trabajar aquí porque me entretienes.

Cuando Case levantó su cerveza, se hizo uno de esos extraños instantes de silencio, como si cien conversaciones inconexas hubiesen llegado simultáneamente a la misma pausa. La risa de la puta resonó entonces, con un cierto deje de histeria.

Ratz gruñó:

—Ha pasado un ángel.

—Los chinos —vociferó un australiano borracho—; los chinos inventaron el empalme de nervios. Para una operación de nervios, nada como el continente. Te arreglan de verdad, compañero...

—Lo que faltaba —dijo Case a su vaso, sintiendo que toda la amargura le subía como una bilis—; eso sí que es una mierda.

Ya los japoneses habían olvidado más de neurocirugía de lo que los chinos habían sabido nunca. Las clínicas negras de Chiba eran lo más avanzado: cuerpos enteros reconstruidos mensualmente, y con todo, aún no lograban reparar el daño que le habían infligido en aquel hotel de Memphis.

Un año allí y aún soñaba con el ciberespacio, la esperanza desvaneciéndose cada noche. Toda la cocaína que tomaba, tanto buscarse la vida, tanta chapuza en Night City, y aún veía la matriz durante el sueño: brillantes reticulados de lógica desplegándose sobre aquel incoloro vacío... Ahora el Ensanche era un largo y extraño camino a casa al otro lado del Pacífico, y él no era un operador, ni un vaquero del ciberespacio. Sólo un buscavidas más, tratando de arreglárselas. Pero los sueños acudieron en la noche japonesa como vudú en vivo, y lloraba por eso, lloraba en sueños, y despertaba solo en la oscuridad, aovillado en la cápsula de algún hotel de ataúdes, con las manos clavadas en el colchón de gomaespuma, tratando de alcanzar la consola que no estaba allí.

—Anoche vi a tu chica —dijo Ratz, pasando a Case un segundo kirin.

—No tengo —dijo Case, y bebió.

—La señorita Linda Lee.

Case sacudió la cabeza.

—¿No tienes chica? ¿Nada? ¿Sólo negocios, amigo artista? —Los ojos pequeños y marrones del barman anidaban profundamente en una piel arrugada—. Creo que me gustabas más con ella. Te reías más. Ahora, una de estas

noches, tal vez te pongas demasiado artístico; terminarás en los tanques de la clínica; piezas de recambio.

—Me estás rompiendo el corazón, Ratz. —Case terminó su cerveza, pagó y se fue, hombros altos, estrechos y encogidos bajo la cazadora de nailon caqui manchada de lluvia. Abriéndose paso entre la multitud de Ninsei, podía oler su propio sudor rancio.

Case tenía veinticuatro años. A los veintidós, había sido vaquero, un cuatrero, uno de los mejores del Ensanche. Había sido entrenado por los mejores, por McCoy Pauley y Bobby Quine, leyendas en el negocio. Operaba en un estado adrenalínico alto y casi permanente, un derivado de juventud y destreza, conectado a una consola de ciberespacio hecha por encargo que proyectaba su incorpórea conciencia en la alucinación consensual que era la matriz. Ladrón, trabajaba para otros: ladrones más adinerados, patrones que proveían el exótico software requerido para atravesar los muros brillantes de los sistemas empresariales, abriendo ventanas hacia los ricos campos de la información.

Cometió el clásico error, el que se había jurado no cometer nunca. Robó a sus jefes. Guardó algo para él y trató de escabullirlo por intermedio de un traficante en Ámsterdam. Aún no sabía con certeza cómo fue descubierto, aunque ahora no importaba. Esperaba que lo mataran entonces, pero ellos sólo sonrieron. Por supuesto que era bienvenido, le dijeron, bienvenido al dinero. E iba a necesitarlo. Porque —aún sonriendo— ellos se iban a encargar de que nunca más volviese a trabajar.

Le dañaron el sistema nervioso con una micotoxina rusa de los tiempos de la guerra.

Atado a una cama en un hotel de Memphis, el talento se le extinguió micrón a micrón y alucinó durante treinta horas.

El daño fue mínimo, sutil, y totalmente efectivo.

Para Case, que vivía para la inmaterial exultación del ciberespacio, fue la Caída. En los bares que frecuentaba como vaquero estrella, la actitud distinguida implicaba un cierto y desafectado desdén por el cuerpo. El cuerpo era carne. Case cayó en la prisión de su propia carne.

El total de sus bienes fue rápidamente convertido a nuevos yens, un grueso fajo del viejo papel moneda que circulaba interminablemente por el circuito cerrado de los mercados negros del mundo como las conchas marinas de los isleños de Trobriand. En el Ensanche era difícil hacer negocios legítimos con dinero en efectivo; en Japón ya era ilegal.

En Japón supo con firme y absoluta certeza que conseguiría curarse. En Chiba. Ya fuese en una clínica legalizada o en la tierra umbría de la medicina negra. Sinónimo de implantes, de empalmes de nervios y microbiónica, Chiba era un imán para las subculturas tecnodelictivas.

En Chiba, vio cómo sus nuevos yens se desvanecían en una ronda de dos meses de exámenes y consultas. Los hombres de las clínicas negras, la última esperanza de Case, admiraron la pericia con que lo habían lisiado, y luego, lentamente, menearon la cabeza.

Ahora dormía en los ataúdes más baratos, los más cercanos al puerto, bajo los faros de cuarzo halógeno que iluminaban los muelles toda la noche como vastos escenarios; donde el fulgor del cielo de televisor impedía ver el cielo de Tokio y aun el desmesurado logotipo holográfico de la Fuji Electric Company, y la bahía de Tokio era un espacio negro donde las gaviotas daban vueltas en círculo sobre cardúmenes de poliestireno blanco a la deriva. Detrás del puerto se extendía la ciudad, cúpulas de fábricas dominadas por los vastos cubos de arcológicas empresariales. Puerto y ciudad estaban divididos por una estrecha frontera de calles más viejas, un área sin nombre oficial. Night City, y Ninsei, el corazón del barrio. De día, los bares de Ninsei es-

taban cerrados y no se distinguían unos de otros: el neón apagado, los hologramas inertes, esperando bajo el envenenado cielo de plata.

Dos manzanas al oeste del Chat, en un salón de té llamado el Jarre de Thé, Case tomó la primera pastilla de la noche con un espresso doble. Era un octógono rosado y plano, una potente especie de dextroanfetamina brasileña que comprara a una de las chicas de Zone.

El Jarre tenía las paredes cubiertas de espejos, cada panel enmarcado en neón rojo.

Al principio, encontrándose solo en Chiba, con poco dinero y menos esperanzas de curarse, había entrado en una especie de sobremarcha terminal, rebuscando dinero fresco con una intensidad helada que parecía corresponder a otra persona. El primer mes, mató a dos hombres y a una mujer por sumas que un año atrás le habrían parecido ridículas. Ninsei lo desgastó hasta que la calle misma le llegó a parecer la externalización de un deseo de muerte, un veneno secreto que él llevaba consigo.

Night City era como un perturbado experimento de darwinismo social, concebido por un investigador aburrido que mantenía el dedo pulgar sobre el botón de avance rápido. Uno dejaba de rebuscárselas y se hundía sin dejar huella, pero un movimiento en falso bastaba para romper la frágil tensión superficial del mercado negro; en cualquiera de los casos, uno desaparecía dejando apenas un vago recuerdo en la mente de un ejemplar como Ratz; aunque corazón, pulmones o riñones pudieran sobrevivir al servicio de un extraño que tuviese nuevos yens para los tanques de las clínicas.

Los negocios eran allí un rumor subliminal constante, y la muerte, el aceptado castigo por pereza, negligencia, falta de gracia o de atención a las exigencias de un intrincado protocolo.

Solo, en una mesa del Jarre de Thé, con el octógono subiendo, con gotas de sudor que le afloraban en las palmas de las manos, de pronto consciente de todos y cada uno de los cosquilleantes pelos en los brazos y en el pecho, Case supo que en algún punto había comenzado a jugar un juego consigo mismo, uno muy antiguo que no tiene nombre: un solitario final. Ya no llevaba armas, ni tomaba ya las precauciones básicas. Se encargaba de los negocios más rápidos y dudosos de la calle, y se decía que era capaz de conseguir lo que uno quisiera. Una parte de él sabía que el arco de esta autodestrucción era notoriamente obvio para sus clientes, cada vez más escasos; pero esa misma parte se tranquilizaba diciéndose que era sólo una cuestión de tiempo. Y era esa parte, que esperaba complacida la muerte, la que más odiaba la idea de Linda Lee.

La encontró una noche lluviosa en una vídeo galería.

Bajo fantasmas brillantes que ardían tras una bruma celeste de humo de cigarrillos, hologramas del Castillo Embrujado y de Guerra de Tanques en Europa, la silueta de Nueva York... Y ahora la recordaba así, el rostro envuelto en una inquieta luz de láser, los rasgos reducidos a un código: un fulgor escarlata en los pómulos mientras el Castillo Embrujado ardía, la frente empapada de azul cuando Múnic caía ante la Guerra de Tanques, la boca manchada de oro caliente mientras un cursor deslizante sacaba chispas a las paredes de un desfiladero de rascacielos. Él estaba volando alto aquella noche, con un ladrillo de Ketamina de Wage en camino a Yokohama y el dinero ya en el bolsillo. Entró desde la cálida lluvia que chisporroteaba en el pavimento de Ninsei, y por algún motivo, la distinguió enseguida: una cara entre las docenas de caras alineadas frente a las consolas, perdida en el juego. Tenía entonces la expresión que le vería, horas más tarde, en el rostro dormido en un nicho de un hotel del puerto; el labio superior como las líneas con que los niños dibujan un pájaro volando.

Cuando atravesaba la galería para ponerse junto a la joven, embriagado aún por el negocio que acababa de cerrar, vio que ella levantaba sus ojos. Ojos grises delineados con lápiz negro. Ojos de animal encandilado por las luces altas de un vehículo que se aproxima.

La noche se alargó en una mañana, en boletos en el puerto y en un primer paseo por la bahía. La lluvia siguió cayendo sobre Harajuku, goteando sobre la chaqueta de plástico de Linda, y los niños de Tokio pasaron en tropel frente a las famosas boutiques, en chinelas blancas y con capuchas adhesivas, hasta que ella se quedó con él en el bullicio de medianoche de un salón pachinko y le tomó la mano como si fuera un niño.

Pasó un mes antes de que la gestalt de drogas y tensión en la que él se movía convirtiera aquellos ojos perpetuamente asustados en pozos de reflexiva necesidad. Vio cómo ella se fragmentaba, se quebraba como un iceberg, y cómo los trozos se alejaban a la deriva, y por último vio la necesidad cruda, la hambrienta armadura de la adicción. Vio cómo inhalaba la siguiente línea con una concentración que le recordó las mantis que vendían en los quioscos de Shiga, junto a peceras de carpas mutantes y grillos en jaulas de bambú.

Miró fijamente el negro anillo de borra en la taza vacía. La taza vibraba por el estimulante que había tomado. Sobre el laminado marrón que cubría la mesa había una pátina de arañazos diminutos. La dextroanfetamina le subió por la columna, y vio los innumerables impactos aleatorios que habían creado esa superficie. El Jarre estaba decorado en un estilo anticuado y anónimo del siglo anterior, una incómoda mezcla de japonés tradicional y pálidos plásticos milaneses, pero todo parecía cubierto por una película sutil, como si el mal humor de un millón de clientes hubiese atacado de algún modo los espejos y los plásticos otrora lustrosos, dejando cada superficie empañada con algo que nunca se podría limpiar.

—Ey, Case, buen amigo...

Levantó la mirada; encontró unos ojos grises delineados con lápiz. Ella llevaba unos desteñidos pantalones militares franceses y zapatillas deportivas blancas.

—Te he estado buscando. —Se sentó frente a él. Las mangas de la camisa azul de cremallera habían sido arrancadas desde los hombros; él le examinó los brazos involuntariamente, buscando señales de dermos o de pinchazos—. ¿Quieres un cigarrillo?

Sacó un arrugado paquete de Yeheyuan de un bolsillo tobillero y le ofreció uno. Él lo tomó, dejó que ella lo encendiera con un tubo de plástico rojo.

—¿Duermes bien, Case? Pareces cansado. —El acento era del sur del Ensanche, cerca de Atlanta. La piel bajo los ojos parecía pálida y enfermiza, pero la carne era aún lisa y firme. Tenía veinte años. Unas líneas nuevas de dolor comenzaban a grabársele en las comisuras de la boca. Llevaba el pelo negro estirado hacia atrás, sujeto con una cinta de seda estampada. El diseño podía representar un microcircuito, o el plano de una ciudad.

—No, si recuerdo tomar mis pastillas —dijo él, mientras lo golpeaba una tangible ola de nostalgia, deseo y soledad, cabalgando en la longitud de onda de la anfetamina. Recordó el olor de la piel de Linda en la oscuridad sobrecalentada de un nicho cercano al puerto, los dedos de ella entrelazados sobre su espalda.

Toda la carne, pensó, y todo lo que la carne quiere.

—Wage —dijo ella, entornando los ojos—. Quiere verte con un agujero en la cara. —Encendió el cigarrillo.

—¿Quién lo dice? ¿Ratz lo dice? ¿Has estado hablando con Ratz?

—No. Mona. Su nuevo macarra es uno de los chicos de Wage.

—No le debo tanto. Él a mí sí; pero de todos modos no tiene dinero. —Se encogió de hombros.

—Ahora le debe demasiada gente, Case. Tal vez te toque ser el ejemplo. En serio, es mejor que te cuides.

—Claro. ¿Y qué me dices de ti, Linda? ¿Tienes dónde dormir?

—Dormir. —Linda sacudió la cabeza—. Claro, Case. —Tembló y se inclinó hacia adelante. Una película de sudor le cubría la cara.

—Toma —dijo él; buscó en el bolsillo de la chaqueta deportiva y sacó un arrugado billete de cincuenta. Lo alisó automáticamente bajo la mesa, lo dobló en cuatro y se lo pasó.

—Tú lo necesitas, cariño. Más vale que se lo des a Wage.

Había algo en los ojos grises de ella que no conseguía leer; algo que nunca había visto en ellos.

—A Wage le debo mucho más que eso. Tómalo. Me va a llegar más —mintió, mientras veía sus nuevos yens desaparecer en un bolsillo de cremallera.

—Junta tu dinero, Case; encuentra rápido a Wage.

—Ya nos veremos, Linda —dijo él, poniéndose de pie.

—Seguro —dijo ella. Un milímetro de blanco asomaba bajo cada una de sus pupilas. Sanpaku—. Cuídate el pellejo, hombre.

Él asintió, ansioso por marcharse.

Volvió atrás la mirada cuando la puerta plástica se cerraba detrás de él; vio los ojos de ella reflejados en una jaula de neón rojo.

Viernes por la noche en Ninsei.

Pasó frente a quioscos de yakitori y salones de masaje, una cafetería llamada Beautiful Girl, el trueno electrónico de una vídeo galería. Se hizo a un lado para dar paso a un sarariman de traje oscuro, y alcanzó a ver el logotipo de la Mitsubishi-Genentech tatuado en el dorso de la mano derecha del hombre.

¿Era auténtico? Si lo era, pensó, se está buscando problemas. Si no, se los merecía. Por encima de un cierto nivel, a los empleados de la MG se les implantaban avanzados microprocesadores que registraban los niveles de mutágenos en el torrente sanguíneo. Un equipo así te podía enredar en Night City, llevarte directamente a una clínica negra.

El sarariman era japonés, pero la muchedumbre de Ninsei era gaijin. Grupos de marineros que subían del puerto, turistas solitarios y tensos a la caza de placeres no señalados en las guías, talludos del Ensanche exhibiendo injertos e implantaciones, y una docena de distintas especies de buscavidas, todos pululando por la calle en una intrincada danza de deseo y comercio.

Había innumerables teorías que explicaban por qué Chiba City toleraba el enclave de Ninsei, pero Case se inclinaba por la idea de que los Yakuza podrían estar preservando el lugar como una especie de parque histórico; un recordatorio de orígenes humildes. Pero también le parecía sensata la idea de que las tecnologías germinales requieren zonas fuera de la ley; que Night City no estaba allí por sus habitantes, sino como campo de juegos deliberadamente no supervisado para la tecnología misma.

¿Tendría razón Linda?, se preguntó, mirando hacia las luces. ¿Lo mataría Wage para que sirviera de ejemplo? No tenía mucho sentido; pero, por otra parte, Wage negociaba especialmente con biología proscrita, y la gente decía que había que estar loco para hacer eso.

Pero Linda dijo que Wage lo quería muerto. Lo primero que Case aprendió sobre la dinámica del comercio callejero era que ni el comprador ni el vendedor lo necesitaban realmente. El negocio de un hombre medio consiste en convertirse en un mal necesario. El dudoso nicho que Case se había tallado en el ecosistema criminal de Night City estaba hecho de mentiras, forjado noche a noche a fuerza de traiciones. Ahora, viendo que las paredes comenzaban a desmoronarse, sintió el filo de una extraña euforia.